

VILLAMARTIN Y SU TIEMPO

PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DE ENSAYOS DEL SESQUICENTENARIO

(Convocatoria: Orden 110/00017/1983, de 24 de mayo de 1983)

Por Juan Antonio DE LA LAMA CERECEDA
Coronel de Infantería (DEM)

Sin duda alguna el militar más nombrado del siglo XIX español y, posiblemente, de toda la historia militar española, es *Villamartín*. Ello quiere decir que en su persona y en su vida concurrieron circunstancias que conformaron de tal modo su personalidad, y la hicieron tan acusada, que emerge del elenco de nuestras figuras castrenses, como un hito referencial.

Lo dicho, que es una verdad palpable, no anula ni disminuye, porque es compatible con ella, la existencia de una pléyade de Grandes Capitanes como es la que llena las páginas de nuestra historia, lista de la que ni nos atravesamos a poner un ejemplo por no caer en agravio. Saltar del Cid a Gonzalo de Córdoba, y de éste al Gran Duque de Alba, es como dejar al aire los pilares de una catedral y no poner sobre ellos la cimbra de las bóvedas.

Y, sin embargo, *Villamartín* no es, no tuvo ocasión de ser, un héroe guerrero, un Capitán de leyenda, como lo fueron el Cid y tantos otros. Fue un simple soldado-escritor, que no llegó ni a los cuarenta años de vida, la cual transcurrió en unos tiempos de tremendos movimientos sociales, casi sísmicos, que agitaron la *piel de toro* como agita la suya un *jijón* cuando siente la picadura de un tábano. Tiempos en los que los simples soldados llevan en sus mochilas el bastón de general; los generales presiden los Gobiernos; los intelectuales pontifican y los clérigos se hacen guerrilleros.

Entonces, ¿de dónde, la nombradía de *Villamartín*? Del hecho de que, desde hace *ciento veinte años*, desde que, a primeros del

año de 1863, aparece su libro: *Nociones del Arte Militar*. Se consagró como *profesor* perpetuo de todas las Academias y Colegios militares, de todas las promociones de oficiales.

Este libro, junto a las *Ordenanzas de Carlos III*, han sido los que han forjado la moral, la disciplina, el sentido del mando y el de obediencia, el de trato con los subordinados y con los superiores, en fin, del *espíritu* militar de todos los cuadros de mando. Y ciento veinte años dejan huella, y más si el mérito del maestro es alto.

La técnica pasa, como pasan los uniformes, las armas y las teorías. Sólo el hombre permanece invariable, porque el *alma* no vive del polvo de los caminos, sino que se alimenta en los valores espirituales que, impalpables, conforman la deontología militar. Antes de *Villamartín* sólo *Calderón de la Barca* —soldado, sacerdote y poeta—, supo captar la psicología del soldado español. Después de *Villamartín*, únicamente *Jorge Vigón* ha sabido hablar con altura de estos temas.

Esto explica, insistimos en ello, la permanencia y actualidad de *Villamartín*. El hombre de acción pasa en cuanto pasan sus gestas, pero el pensador, el hombre que tiene ideas, permanece en tanto que éstas son válidas. Ciertamente que el apellido de los hombres de acción está escrito con letras de oro en la historia; pero el del *maestro*, además de en la historia, está en el corazón de sus discípulos, late en el ambiente y permanece en el obrar de sus seguidores. Córdoba y el Duque de Alba son hombres de ayer, por más que ese ayer sea un ayer fulgurante. *Calderón* y *Villamartín* son hombres de hoy, como lo fueron de ayer y como lo serán de mañana, porque son forjadores de héroes —anónimos, tal vez, pero héroes—, y héroes siempre habrá.

Pero la permanencia y actualidad de una persona se mejora y perfecciona cuando se la conoce mejor, y a darle a conocer van dirigidas estas líneas. En ellas, siquiera sea de forma esquemática, y para dar una idea completa de cómo era nuestro hombre, intentaremos exponer los siguientes aspectos, en los que está comprendida toda su persona:

- Ambiente en que vivió.
- Su personalidad.
- El escritor militar de:
 - Temas técnicos.
 - Temas de psicología.

Con ello creemos que la figura de *Villamartín* quedará más claramente dibujada y dejará de ser un *mito* para devenir hombre de carne y hueso, entregado a su profesión.

AMBIENTE EN QUE VIVIO

El siglo XIX español, en cuyo segundo tercio se desarrolla la vida de *Villamartín* (nació el 23 de julio de 1833 y murió el 16 de mayo de 1872), es como la prolongación y puesta en práctica del espíritu guerillero de la guerra de la Independencia, con la que, prácticamente, se inaugura este siglo.

En aquella guerra (1), cualquiera que tenga audacia suficiente, se echaba al campo y, seguido por más o menos *partidarios* (este es el nombre español de los miembros de la *partida*. *Guerrilla* es la forma de combatir; la unidad que hace la *guerrilla* es la *partida*) hace *su* guerra contra los franceses, se erige en libertador de su Patria y se convierte, si tiene suerte, en héroe popular, y muere sin pena ni gloria en cualquier encrucijada, caso de no tenerla. Pero siempre imponiendo su voluntad, haciendo que sea acatada de grado o por la fuerza, no sólo dentro de su *partida*, sino en cualquier ambiente al que tiene acceso. Convencido de la grandeza de la causa que defiende —lo cual es absolutamente cierto—, aparta, sin mirar cómo todo lo que se opone a sus fines. Rota la vigencia de la Ley al quedar España sin gobierno, la *ley* es su voluntad. Los *reinos de taifas* de los hispano-musulmanes (¿tanta era la población de Arabia que bastó para poblar todo el Oriente Medio, el Norte de Africa y aún sobró para llenar España? ¿Tan cultos eran los *beduinos* que eclipsaron a griegos y romanos? ¿Además del modo de vestir, no tan desemejante entonces como ahora, impusieron realmente, al pueblo hispánico, su religión y su lengua?), renacieron cuatro siglos después de haber fallecido y rompen la *unidad* lograda por el matrimonio de Castilla y Aragón. El *feudalismo*, que en su tiempo no fue capaz de romper la fe en la unidad de destino de la España cristiana, surge como la mala hierba, sin saber quién la ha sembrado, en el siglo de las ciencias, en el que cualquier alcalde ahorca al Empecinado y cualquier rey jura o perjura la Constitución y cualquier populacho aclama la libertad democrática o vitorea las cadenas del despotismo.

Las *guerras carlistas* reproducen a escala, por tres veces, la de

(1) Y paralelamente al ejército regular, que es quien lleva el peso de las campañas, el *guerillero*, que puede ser.

la Independencia, y (2) mantiene en jaque al Ejército gubernamental, en tanto que los Fueros particulares pretenden tener más fuerza que las leyes generales del Reino.

En lo civil, por todas partes se incita a la desobediencia, aunque sea en forma velada, y, al grito de ¡libertad! (cada uno tiene la suya), se rompe el sentido de la *disciplina* cívica de la convivencia, que no es sino el cumplimiento del deber que todo derecho lleva anejo. Y esta afirmación de la libertad, que se corresponde, inexorablemente, con la negación del *espíritu de servicio*, empequeñece a los hombres y los constriñe dentro de su propio *ego*. Para este hombre, sólo lo que ve desde el campanario de su aldea es el universo, lo demás no existe.

El *parroquialismo* sucede al universalismo de aquellos andaluces que aspiraron a ser, y lo consiguieron, emperadores de Roma; al de aquel Alfonso, el de las Partidas, que pretendió el Sacro Imperio; al de Fernando, que metió a España en Europa; al de Colón y todos sus sucesores, que crean un imperio que circunvala la Tierra; al de...

El hábito de defender su terruño, les transforma en puros aldeanos, sin más ideal que el de levantar las barbas de su huerto para poner a salvo sus coles. «Cada uno a lo suyo y América para los americanos», parecieron decir, adelantándose a Monroe. Y América se perdió totalmente, definitivamente, porque nadie quiso pensar en conservarla. Cortés y Pizarro, con su muy discutible incultura, tuvieron mayor y mejor visión política que los *ilustrados* personajes del siglo XIX.

Este independentismo individual que produce el *parroquialismo*, se caracteriza porque las escasas aspiraciones personales, hijas de su desconocimiento de otras cosas, le hacen insolidario, egoísta, y prefiere ser cabeza de ratón a cola de león.

Y sobre este independentismo individual, se procede a la organización del Reino en Provincias —al estilo francés— y se establecen fronteras continuas donde antes sólo había *portazgos*. Se crean entidades geográficas donde antes había reinos y ciudades, y del gobierno de estas zonas geográficas se encarga a gentes que ni son de la región ni tienen interés alguno por ella. Los lazos tradicionales de usos y costumbres, se quiebran en los moldes nuevos.

Así las cosas, nada tiene de particular que el *pueblerinismo* trascienda la sociedad entera. Los partidos políticos son, en lo so-

(2) Un ejército en el que pululan las «partidas».

cial, lo que fueron las partidas en la guerra, y los jefes de los partidos son el trasunto de los guerrilleros. Pululan las asociaciones semiocultas y, pese a la pluralidad de partidos y asociaciones, todos tienen por denominador común las dos palabras sagradas: *libertad*, *cultura*, que expresan un objetivo. Curiosamente, este único objeto, en vez de unir esfuerzos, los hace divergentes.

Las guerras civiles se suceden, tanto en el territorio peninsular como en el transatlántico, y también ellas tienen por meta la *libertad*. Son guerras políticas, como todas las civiles, y su finalidad ocultas, es la de hacerse con el poder. Alcanzado, hay que mantenerse en él, empeño tanto más difícil cuanto que la insolidaridad prefiere hundir al contrario aunque le acompañe la Nación en el hundirse, pero, eso sí, al grito de «¡viva España!», que un día es monárquica y otro republicana, según sea el talante con el que el hombre de turno se haya despertado. Los reyes aceptan y renuncian a la corona con la misma facilidad con la que los presidentes de las repúblicas aceptan o rechazan la presidencia.

Lógicamente, en este cuadro, algunos generales, no más de media docena, e impulsados siempre por los jefes de los partidos políticos, juegan importante papel. Unos proclaman reyes y otros los derrocan; otros son llamados a gobernar, tal vez con la buena intención de que el Ejército sea la fuerza que amalgame el mosaico de partidos políticos. ¡Vana ilusión!, pues el Ejército, siempre dispuesto a reducir la sublevación que atente contra la unidad de la Patria, rehusa apoyar a un partido, a sostener un gobierno, a producir un dictador.

Por más que se examine el panorama nacional de aquel siglo, no podrá encontrarse al Ejército interviniendo en política. A algunos militares, sí. Los famosos *pronunciamientos*, ni son tan numerosos como se ha dado en decir, ni expresan el sentir común del Ejército. Por el contrario, son meros actos de sublevación personal, en la cual sólo participan las tropas que están a las órdenes directas del sublevado, y si éste consigue sacarlas a la calle, lo hace, las más de las veces, prevaleándose de la ignorancia o usando del engaño.

El Ejército, por principio, permanece, *fiel a sus mandos*, y éstos, al Gobierno constituido, el gobierno *de facto*. Tal vez las sublevaciones de Cádiz y Sagunto, en el 68 la primera, tendiente

(3) No más de media docena e impulsados siempre por los efes de los partidos políticos.

a derribar a Isabel II, y con la intención de reinstaurar la monarquía en la persona de Alfonso XII, la segunda, en el 74, son las que presentan un mayor volumen, lo que pudiera hacer creer que el Ejército *participaba* en ellas. Pero a nuestro entender, más que con intencionalidad política, las Unidades del Ejército que intervienen, lo hacen arrastradas por el prestigio personal de los dirigentes —Prim, Serrano, Martínez Campos—, que los impele a obedecer por la fe en ellos (feudalismo), no por la fe en una causa política. Además, y como ya hemos dicho, no se trató de un hecho exclusivamente militar. Detrás de los militares, haciendo el papel de máquina impelente, hay un fuerte grupo de significadas personalidades de la vida política, tales como los Duques de Montpensier, en el 68 y los propios Cánovas y Sagasta en el 74. En ninguno de los dos casos se produjo un caso de *pretorianismo*. El Ejército regresó a los cuarteles y sólo *un* general queda, cubierto por los formalismos de una norma legal, anterior al golpe.

Las sublevaciones de Riego, de La Granja, la Vicalvarada, etc., no pasaron de ser unas *simplezas* cometidas por la fatuidad de unos aspirantes a héroes, que no alcanzaron ni siquiera a cumplir el papel de traidores.

El Ejército, insistimos, siempre permaneció fiel a su misión de obediencia al Gobierno. La prueba más palpable nos la da el propio *Villamartín*, republicano convencido, que lucha en Alcolea del lado de los realistas y contra los republicanos, haciendo que el imperio de la razón y de la disciplina acallasen los impulsos del corazón. Y no sólo se mantuvo en las filas del Marqués de Novales, de las que pudo desertar, sino que cumplió tan eficientemente su deber, que fue promovido al empleo de teniente coronel en el mismo campo de batalla, empleo que no le fue reconocido por los vencedores, más atentos a sus propios intereses que a premiar ideologías políticas.

En lo social —porque, ¿puede llamarse político a este fenómeno?—, aparece el *federalismo*, llevado a sus últimas consecuencias en el *cantonismo* y el *anarquismo*.

El federalismo español, a diferencia del federalismo histórico, que consiste en la asociación de varios estados soberanos para ayudarse mutuamente en la resolución de ciertas dificultades, sigue un camino diametralmente opuesto: de un Estado nacional, ya constituido desde hace siglos, pretende desgajar antiguas regiones y hacer de ellas unos estados cuasi independientes, especie de reinos de taifas sólo unidos al gobierno central por los tenues lazos de algo que no se sabe muy bien qué es.

Las ciudades se declaran en «cantón independiente», y en ellas, como en las poblaciones menores, se establecen los *caciques*, esos hábiles personajes, discretos en su modo de vida, ajenos al relumbrón de la vida social, pero detentadores, por artes más o menos claras, más o menos ortodoxas, pero, sin duda, eficaces, de un poder real que nadie les ha conferido. La vida política de su «feudo» se regula por sus directivas y, en las elecciones, el resultado de la votación expresa su voluntad. Fueron la única organización política con base sólida: ellos mismos.

Una regulación de carácter nacional del *derecho civil*, pone de manifiesto la existencia de los otros derechos consuetudinarios por los que se venía rigiendo la vida de los distintos territorios componentes de la totalidad de la nación, sin que su vigencia se hubiera visto jamás amenazada, ni aún por la pretendida afición centralizadora atribuida a la monarquía, especialmente a la borbónica.

Ciertamente que los reyes pretendieron que su autoridad imperase en todo el territorio nacional; pero esta autoridad pocas veces tenía otra forma de manifestación que la de petición de subsidios dinerarios, siempre discutidos, nunca otorgados en su totalidad. Sólo ahora, al instaurarse la *democracia*, portadora de la *libertad* y de la *cultura*, es cuando el *centralismo* se ingiere hasta en la vida privada de las personas, primero con una Constitución que asienta las bases de *todas* las leyes. Después, con una serie de *códigos*, de marcada filiación napoleónica, y leyes que regulan para uniformarla, tanto la organización del estado como los derechos administrativo y civil. Ciertamente que reconocen y permiten la vigencia de algunos derechos particulares consuetudinarios, pero estableciendo límites de personas y territorios en los que su aplicación es posible. El resultado es la decadencia de los *derechos forales*.

Si el absolutismo representaba la *omnipotencia* de la voluntad real, la *democracia* impuso la *centralización* administrativa, de la cual nació la *omnipotencia* de los poderes *legislativo* y *ejecutivo*, que, si inestables en su constitución, son plenamente perdurables en sus decisiones.

La organización de la Nación en provincias —otra copia de la Francia napoleónica—, rompió el tradicional reticulado estatal. Las viejas Cortes de los Reinos y Condados, en las que residía el acervo foral, cultural y administrativo, con el cual se defendían de las demasías de los reyes, desaparecen, sin que ni las Diputaciones, en lo local, ni el Congreso de los Diputados, en lo general, suplan

a lo arrinconado. Ciertamente que las Cortes de los Reinos parecían, en fuerza de no reunirse, llamadas a la muerte por inanición. Pero, al suprimirlas, renace el deseo de tenerlas. *Lo que importa es el fuero, no el huevo*. Lo que se echa de menos es la posibilidad; la potencialidad de resolver los propios asuntos dentro de casa y al gusto de casa, y, al caer esta privación sobre el individualismo, sobre el aldeanismo, sobre la insolidaridad, renace y se afirma el sentimiento de lo *regional*, si se nos permite la licencia de hacer derivar la etimología de esta palabra de la palabra *reino*. El tronco de los viejos reinos, podado hasta de la última quima, retoño, por la fuerza de sus raíces y, lógicamente, estos retoños tienen más de borde acebuche que de pingüe olivo. El injerto de más de cuatrocientos años, se cortó a cercén, y le cortó un podador del cual podemos admitir la buena intención, pero no la visión histórica del Estado español. En los pocos más de cien años transcurridos, la constante tendencia de volver *por sus fueros*, de Cataluña, Vascongadas, Galicia, y, por la misma exclusión de Castilla, ponen de manifiesto la falta de lógica y base de la reforma. España, en la que siempre hubo un marcado sentimiento *imperial* (rey de reyes), en nada se parece a la parisina Francia.

Esta escasa capacidad de *ver* conduce, inexorablemente, a la copia. Cuando se produce una situación nueva, o difícil, o, simplemente, que no encaja con los sistemas preestablecidos, se recurre a Francia y a Inglaterra para buscar en ellas una solución. Generalmente esta solución no encaja con nuestra manera de ser; pero es igual.

España, que hasta bien mediado el siglo XVIII, marcha, en todo orden de cosas, en el pelotón de cabeza, se coloca voluntariamente en cola, tan en la cola que conquista la Conchinchina para entregarla, sin más, a los franceses, y sin que de esta campaña, modelo del buen hacer militar, se diga ni una sola palabra ni en la prensa oficial («Gaceta de Madrid») ni en la privada. El silencio es tan absoluto que es posible que ni aún hoy día se sepa que los franceses fueron a Viet-Nam en 1860, a recibir, de manos españolas, aquel imperio que los españoles habían conquistado partiendo de Filipinas.

La guerra de Marruecos, coincide, en tiempo, con la de Conchinchina. El propio Jefe del Gobierno, el general O'Donnell se puso al frente del ejército expedicionario, para hacer de ella una nueva cruzada unificadora. En ella interviene lo más granado del Ejército, y románticos periodistas y hombres de letras, como Pedro

Antonio de Alarcón, escriben crónicas épicas que dan a conocer los hechos de armas y hacen que los ecos de Castillejos y Uad-Ras resuenen en toda España. La ocupación de Tetuán (4).

Los *padres de la Patria* miran el mundo con catalejo, pero aplican el ojo al objetivo. De este modo todo aparece pequeño y lejano, despreciable, en suma, y se abre la puerta de Marruecos a los franceses. No contentos con haberles entregado la Cochinchina, se les deja, con indiferencia total, extender su influencia hasta el Atlántico, partiendo de una Argelia de claras relaciones con el levante español desde tiempo inmemorial.

Y con ser la guerra de Africa una ventana abierta al exterior por la que participar en el concierto mundial de las naciones, España no aprovecha la ocasión, se repliega sobre sí misma, mata su espíritu colonizador, descuida potenciar el Ejército y la Armada, y sesteo al arrullo de los floridos discursos, ombligo de todo el quehacer y, cuando hay que hacer algo, se envía una comisión al extranjero para que *importe* lo que menos *importa*.

Cuba y Filipinas nos son arrebatadas ante la indiferencia, y por la indiferencia, de una clase dirigente incapaz, ni tan siquiera, de mover la opinión internacional. El siglo que se inicia con la *aceptada* invasión francesa, finaliza con un disimulado suspiro de alivio, ante una invasión yanqui que nos *libera* de las guerras civiles insulares.

PERSONALIDAD DE VILLAMARTIN

En este ambiente tan peculiar transcurre la vida del admirado militar y escritor, y es lógico que un ambiente caracterizado por líneas tan pronunciadas, deje su impronta en quienes en él vivieron.

Siglo borroso y enmarañado, producto de unos hombres utópicos y mediocres, no deja de tener valores positivos. Prueba de ello es el hecho de que el denominador común de sus hombres es el de la ruptura con la tradición, para lanzarse a la aventura de un modernismo a ultranza, arrastrados por un afán innovador que no se sabe a dónde conduce, porque no es el resultado de una evolución lógica, sino la consecuencia de la *atracción del vacío*, y

(4) Descubre nuevos horizontes y posibilidades económicas y civilizadoras. Pero todo es inútil. El aliento colectivo duerme al socaire de la desesperanza y el de empresa hace el dúo a su vera.

con la pretensión de caer en lo *moderno* sin saber qué es lo moderno; con la sola idea de que lo moderno es la negación del ayer, porque lo pasado no es el fundamento del porvenir, sino un simple detritus que ni siquiera sirve como fertilizante.

Esta aventura del futuro despierta el valor y el afán por el estudio.

El valor, porque sin él no hay aventura, aunque este valor nazca de la convicción de la propia invulnerabilidad o de la ignorancia del peligro.

El afán por el estudio, porque es el siglo del saber, en el que la *fe* se pone en la ciencia. Es claro que erraron en los textos y en su interpretación, como también lo es el que se dio más importancia a la biblioteca que a la reflexión, al estudio que cala, al contraste con lo aprendido con la realidad. Por eso no hubo producción original, todo fue copia.

En el ambiente militar, en el que, lógicamente, *Villamartín* está metido, estas tres cualidades son perfectamente identificables. ¿Quién duda del *ningún respeto* a la tradición política de aquellos militares que *hicieron posible la Constitución*, que *implantaron el liberalismo*, que, incluso, presidieron la República? (Serrano).

En cuanto al *valor*, ¿será necesario recordar a Prim? ¿Tendremos que hacer memoria del malhadado Diego de León? ¿Habremos de releer las «Memorias del Marqués de Mendigorriá»?

Aquellos generales no dudaban en ponerse al frente de un pelotón de soldados y cargar contra el enemigo, aunque fuera un ejército entero, con tal arrojo y tal desprecio de la vida, que más que generales parecen tenientes recién nombrados, que buscan con ansia en su primera ocasión, el primer ascenso en el campo de batalla. Ya no se rinde culto al valor, ¡tan común se ha hecho! Se le da por algo consustancial con la carrera de las armas, porque, ¿qué general no ha ganado todos sus empleos, de teniente a capitán general, por méritos de guerra?

Pero si la gloria militar coincide en hombres de evidente talento natural, este mismo talento reclama una formación más amplia y profunda, cuando la persona penetra en el alto juego de la gobernación del Estado. Lo de «el espadón de Loja», puede ser una frase feliz para zaherir a un hombre, pero nunca, y menos a siglo y

medio de distancia, puede tomarse como la expresión (5). El mero hecho de haberse requerido a los generales para desempeñar los altos cargos civiles que se les confiaron, es señal de su preparación intelectual, y una ojeada, por rápida que sea, a los libros de su biblioteca particular, confirma su preocupación por el estudio. ¿Con más fruto o con menos fruto que otras personas? ¿Mejor preparados o peor, que otros terceros? Son cuestiones a las que ni siquiera pretendemos responder, porque no se trata de seleccionar al mejor, que ya todos pasaron: sólo se trata de mostrar que ejercieron su oficio con preparación suficiente. ¿Que los hubo mejores? ¡Evidente! ¡También peores!

Aunque para la biografía de *Villamartín* no disponemos de otros datos que los que figuran en su *hoja de servicios*, y algunos pocos más, son los suficientes para colegir como era.

De estos datos se deduce, sin mayor esfuerzo, que fue un hombre de clara inteligencia, como lo demuestran no sólo las *calificaciones anuales*, sino, también, sus trabajos, perfectamente concebidos, ampliamente desarrollados y cuidadosamente elaborados. No fue, ni mucho menos, una medianía. Tenía una inteligencia despierta, aguda, penetrante, que le permitió profundizar en muchos temas que otros pasaron por alto, y dejar escritas sus observaciones, para que pudieran ser experiencia y guía de otros.

Su capacidad de trabajo no era menor que su inteligencia. Sus obras y escritos menores, no puede ser calificada de escasa. El total de sus escritos supone una larga tarea cumplida en los ratos libres que le dejaba el *Servicio*. La vida ordinaria del cuartel no deja mucho lugar al sosiego imprescindible para meditar y escribir, por eso nos imaginamos a *Villamartín* escribiendo durante la siesta, y robando horas al sueño por la noche.

Esta *laboriosidad*, esta aplicación al trabajo, no se concibe sin estar acompañada por las restantes virtudes militares. Sin ellas, el trabajo constante y hecho en duras condiciones, hubiera sido una carga demasiado onerosa para llevarla por iniciativa propia.

Su *sensibilidad observadora* se pone de manifiesto en los detalles, en las exactas apreciaciones psicológicas, de orgánica, táctica, armamento, etc., de las que queda constancia en sus escritos. El

(5) De un poder basado en la fuerza y no en la razón. De un General en Jefe podrá decirse lo que se quiera, que la palabra es libre. Pero creer que es tonto y que llegó a ese puesto por azar, es ser más tonto todavía. «Jamás se ha visto un caudillo ilustre de limitados alcances» (Clausewitz).

hombre —para él, el hombre militar—, sea soldado u oficial, no es un simple ejecutor de órdenes, un autómeta. Tiene un *alma*, un *espíritu*, que es lo que hay que mover, lo que hay que guiar, lo que hay que formar para hacer de él un buen soldado, ejecutor obediente y responsable de las órdenes que ha recibido, o de las decisiones que él mismo debe tomar, a falta de directrices concretas.

De su valor, nada debiéramos decir, pues fue hijo de su tiempo, como ya dijimos antes. Ya se distinguió cuando, recién ascendido a teniente, con sólo veinte soldados a sus órdenes, se hace cargo de la defensa del cuartel de San Pablo, en Barcelona, defensa que llevó a cabo con éxito y durante la cual resultó herido en una pierna, por una bala enemiga. Y no sólo debió alcanzar el éxito en esta empresa, sino que algo hubo de especial en ella cuando se le concede el ascenso a capitán por su actuación, empleo al que llega a la edad de *veintitrés años* de edad, y a los *seis* de su promoción a subteniente de Infantería. ¡No es mal inicio de una carrera! Posteriormente, y ya en las postrimerías de su corta vida, en 1868, participa en la batalla de Alcolea, ya como comandante, empleo que se le había concedido como premio a su labor de tratadista militar y, en especial, por la publicación de su libro más conocido: *Nociones del Arte Militar*. En tal batalla interviene a las órdenes del general Pavía, Marques de Novaliches, General Jefe del Ejército encargado de someter a los sublevados de septiembre, los cuales, a las órdenes del general Serrano, pretenden derrocar a Isabel II e instaurar la república en España, cosas ambas, que consiguieron. El comportamiento de *Villamartín* en esta acción fue tan destacado, que es ascendido a teniente coronel en el propio campo de batalla. El que este ascenso no fuera reconocido por los vencedores, no quita mérito a su actuación. En aquellos tiempos en los que se exigía un valor a prueba de cualquier contingencia, el hecho de conceder un ascenso sobre el propio terreno de combate, quiere decir no sólo que hubo un derroche de valor, sino que este valor estaba al servicio de una función, de la que salió brillantemente airoso. Así, de este episodio tan singular, se deducen, patentemente, su valor, su competencia profesional, su serenidad para tomar decisiones correctas bajo el fuego enemigo (el general Pavía, a cuyas órdenes directas estaba, fue herido en esta acción), su preparación, en suma, para ejercer mandos superiores.

Fue, pues, en lo militar, un oficial distinguido en el campo de batalla, al igual que lo fue ante su mesa de despacho en el manejo de la pluma. Su porvenir se adivinaba brillante, pero la vida está en las manos de Dios.

Hay un hecho, en la vida de *Villamartín* que no podemos pasar por alto, dado que pudo haber influido en sus opiniones. Se trata de su *no* participación en la Guerra de Africa y cuyo inicio coincidió con su regreso de Cuba, donde el clima no le sentaba bien. ¿Fue la enfermedad, lo que impidió su presencia en Tetuán, o es que llegó demasiado tarde para alistarse en el ejército de O'Donnell?

En cualquier caso debió ser una razón de peso, pues dada la imagen que de él tenemos, no podemos dudar de que su deseo de participación, que hubiera puesto por obra si algo no se lo hubiera impedido. Aquella guerra, de la que él mismo dice: «... es una guerra que debemos estudiar con profunda reflexión, no por su importancia absoluta, sino por la relativa que le da la época en que se ha llevado a cabo. Estaba ya olvidado nuestro antiguo nombre; la organización política y militar, sin haberla experimentado; el orgullo patrio, adormecido; la conciencia de nuestra debilidad, en la conciencia de todos; negada la silla en los congresos; nos habíamos acostumbrado a la pérdida de territorios; éramos conducidos por la mano, ya por una, ya por otra de las grandes potencias, estudiando el no desagradarlas nunca...» ...«se ignoraba nuestra fuerza militar, porque no estaba probada; nuestros ejércitos no habían hecho en mucho tiempo ninguna campaña; nuestra organización era hija del siglo, y en el siglo no la habíamos experimentado...»; fue la única ocasión de salir al exterior, de traspasar nuestras fronteras y alcanzar una visión más amplia, más universal, de los planteamientos y teorías, y, consecuentemente, de las conclusiones. Es lástima que no participase en ella.

Si de su valor nada podemos decir, resta hablar de su formación cultural general y de la específica de su profesión.

De la simple lectura de sus obras se deduce fácilmente que su cultura fue amplia, tanto como la consentían las condiciones de su tiempo. Su manejo del idioma, las referencias que hace a distintos temas, el hecho de haber publicado muchos artículos en diferentes periódicos, y el de haber sido él mismo director de uno de ellos, son indicios que apuntan hacia un grado alto de formación cultural.

No tenemos, y es pena, la lista de los títulos que componían su biblioteca. Hemos de suponer, deduciéndolo de su obra, que tal lista comprendería libros de temas militares, de historia, de geografía y, casi con seguridad, de temas filosóficos y sociales.

Los más de ellos serían de autores extranjeros, en especial los dedicados a filosofía y sociología; pero nos consta, por las referencias que a ellos hace, que entre los de temas militares no faltaban los españoles, y, entre ellos, «Reflexiones Militares», de Santa Cruz de Marcenado.

Las tertulias y cenáculos a los que habitualmente asistiría, según era costumbre en aquellos tiempos y entre gentes de pluma, serían el lugar donde las noticias, contenido y teorías de nuevos libros, llegarían a su conocimiento. Tal vez fue en ellas, y a la vista del escaso conocimiento que la gente civil tiene de la *ciencia* militar, donde concibió la idea de escribir su más conocida obra: su famoso *No-ciones del Arte Militar*.

Porque, al leer dicho libro, nos queda la impresión de que no va dirigido a los militares, a lo menos no exclusivante a ellos. Si bien en el *Prólogo* y en las *Conclusiones*, declara que le escribió pensando en despertar el adormecido espíritu de la oficialidad, también dice que le escribió para analizar las relaciones de la política con la guerra, que los estados están en período de constante formación, que la guerra se produce en cualquier momento y que hay que estar preparado para hacerla frente, y estas últimas consideraciones se refieren directamente al elemento civil, al elemento rector de la nación, a los gobernantes y políticos, en una palabra; porque el Ejército, en su organización, y con las atribuciones de aquel entonces —y menos con las de ahora—, carece de medios, y sobre todo, de potestad, para preparar el país para la guerra. Asesorar adecuadamente, tomar a su cargo aquellas misiones que el Gobierno le encomienda, ejercer presión material cuando y donde se le encarga, son las tres funciones que el Ejército puede cumplir, pero siempre que para ello haya sido requerido.

Es posible que *Villamartín* no fuera más explícito en la declaración de sus intenciones, por no considerar necesario aclarar más las cosas a aquellos Jefes de Gobierno, procedentes del Ejército, que tanto abundaron en el siglo XIX. Tampoco serían necesarias más explicaciones para los Ministros de Guerra y Marina, que siempre fueron profesionales de las armas. Pero a buen seguro que si, en aquel entonces, hubiese habido un *Ministro civil de Defensa*, *no de las Fuerzas Armadas*, que Defensa y Fuerzas Armadas son dos cosas muy distintas, a él hubiera dedicado el libro.

No fue *Villamartín* hombre dado a la política; pero, a fuer de buen hijo de su tiempo, tuvo sus convicciones que hicieron de él lo

que hoy llamaríamos un hombre de *izquierdas*. Republicano de corazón, y con gran tendencia a lo social, en nuestro tiempo hubiera sido un socialista, posiblemente moderado, dada su gran cultura y su sentido común, pero socialista. Pero atemperadas sus convicciones por el sentido de la disciplina, combatió, como ya dijimos, formando en el bando monárquico. Nunca puso su espada al servicio de sus ideales políticos ni antepuso el *partido* a la *Patria*, convencido como estaba, y como se desprende de sus escritos, de que el ideario político no puede tener otra razón de ser que la de buscar el *engrandecimiento* de la *Patria*, el mejor *servicio* a sus habitantes y la *unidad* del pueblo español, terceto cuyos versos no pueden sostenerse aisladamente, porque no son tres cosas distintas, sino la cara, la cruz y el canto de la misma y única moneda: ESPAÑA.

Pudo obtener provecho de su pluma poniéndola al servicio de una causa política; pero su amor al Ejército le llevó a dedicarse a la investigación, a la enseñanza, a despertar el interés por la profesión, y gastó en la publicación de sus escritos el escaso caudal que, pidiendo prestado, pudo reunir. El premio a su labor fueron aplausos y una *cruz*; pero el menguado sueldo que recibía (¡qué poco cambian los tiempos!) estaba más necesitado de unos miles de pesetas que le permitieran salir de sus trampas, que da una cruz que nada aliviaba a la que llevaba sobre sus hombros, en aquella situación de *reemplazo*, en la que, cuando mucho, no podía contar más que por reales.

Sus libros no le produjeron otra cosa que deudas y, hombre de honor, el no poder pagarlas amargó su vida. La lectura de algunas de sus cartas —no parecen ser muchas las que se conservan—, nos da a conocer una existencia llena de ambiciosos proyectos y afanes profesiones, envueltos en la camisa de fuerza de una penuria económica más que alarmante. Su salud, ya muy quebrantada durante su estancia en Cuba, no recibió, probablemente, los cuidados que la hubieran consolidado, y ello, junto con las estrecheces económicas de aquel hogar entristecido por la prematura muerte de la única hija del matrimonio, tal vez aceleraron el fin de una vida que, de haber durado, hubiera dado mayores y mejores frutos en posteriores cosechas.

Honores póstumos, que a duras penas alcanzaron a librar sus restos de la fosa común, en modo alguno a aliviar la pena y dificultades de su solitaria esposa, pues llegaron con cuatro años de retraso, muestran cuánto cuesta reconocer méritos ajenos y, mucho más premiarlos adecuadamente. Quijotes hasta en el premiar, fal-

sos quijotes, limitaron el galardón a honores, ¡que el dinero es cosa ruin!, olvidando que «tripas llevan pies» y que «los duelos con pan, son menos».

Hemos de agradecer al hado que *Villamartín* se viera obligado, durante largos períodos de tiempo, a desempeñar monótonas tareas burocráticas y de guarnición. Fue durante estos períodos cuando concibió y escribió sus libros y, gracias a ellos, nuestra formación profesional ha tenido un sólido punto de amarre. Sin este anclaje, nuestros maestros se hubieran visto obligados a acudir a tratadistas extranjeros, que dedican más espacio en sus obras a señalar nuestros defectos que a reconocer nuestras virtudes.

Así fue *Villamartín*; al menos así le vemos nosotros. Figura señera en un siglo en el cual los militares brillantes fueron tantos y tan populares, que sus nombres componen gran parte del «callejero» de Madrid, y cuyas estatuas de bronce, costeadas por suscripción pública y labradas por los más laureados escultores, sirven de ornato a la mayoría de las plazas. Su memoria, sus enseñanzas, perduran, siempre actuales, en el acervo cultural militar.

EL ESCRITOR

Villamartín, como todo escritor que trata temas profesionales, escribe con la única preocupación de transmitir una serie de ideas científicas, producto de su tarea intelectual. Quiere esto decir, que la escritura, la palabra, está, siempre, sometida a la idea.

A diferencia del literato, que cuida la perfección del lenguaje, la corrección del estilo, la belleza de las imágenes y la presentación de la trama, en la que deja lugar suficiente para que el lector edifique cuantas catedrales, paraísos o saraos le sugiera la imaginación, el escritor científico busca, ante todo y por encima de todo, el dejar claramente expuestas sus ideas, sus hipótesis y conclusiones. El lenguaje es sólo un vehículo; no busca en él la delectación morosa del poeta, como tampoco pretende crear otro estilo que aquel del que surjan nítidamente las ideas. Y la trama está encadenada de tal forma que pueden agregarse eslabones a la cadena en la dirección que se quiera, pero siempre que sean consecuencia de lo anterior. De este modo, la obra ganará en longura, en extensión, en volumen, pero siempre con eslabones del mismo material. En la trama no hay lugar para edificar fantasías; sólo pura deducción lógica, consecuente y encadenada.

Pero en *Villamartín*, junto a su interés por la transmisión de las ideas, hay otra cualidad —no en balde es hijo de su siglo—, de la que, pensamos, que el autor no es plenamente consciente y que hace de sus escritos una amena lectura, y esta cualidad es la *transparencia*, hija de un estilo claro y directo y de un léxico variado, preciso e inteligible. Sus escritos se leen con tanta facilidad que la profundidad del tema no parece percibirse. Habría, como diría Dors, que oscurecer un poco el lenguaje para dar mayor relieve al fondo.

Es posible que si *Villamartín* hubiese empleado un lenguaje más hermético, más filosófico y oscuro, su obra hubiese aparentado tener mayor profundidad y puede que hasta hubiera trascendido nuestras fronteras, allende de las cuales parece que sólo Napoleón III fue su lector.

Villamartín escribió en *español* paladino, huyendo por igual de lo conceptuoso y de lo vulgar. Y este empleo de palabras que, por ser de uso corriente, tienen un significado perfectamente conocido, hilvanadas unas a otras mediante un estilo directo, hacen tan comprensible la idea, que ahorran la mayor parte del esfuerzo intelectual para penetrar en el meollo. Esto hace que, sólo el que, después de leerle, se detenga a pensar sobre lo leído, es capaz de percibir todo el contenido que aquella aparente sencillez encierra. Con ello muestra que es un perfecto conocedor de su idioma.

Y no es que *Villamartín* sea un académico. Es, solamente, un escritor que domina el idioma que maneja y que no necesita acudir a *barbarismos* para hacerse entender. También elude los arcaísmos, el modernismo y lo culterano, cualidades que, de siempre, han caracterizado al escritor militar, de los que tantos hubo entre los coetáneos de *Villamartín*, y que perduran en la actualidad entre los muchos militares que, bien cuando tratan de temas profesionales, bien cuando escriben sobre otros temas, hacen gala de su buen español.

Pero al analizar al *Villamartín* escritor, hemos de distinguir, por fuerza, entre el tratadista de *técnica* militar y el de *psicología*. Son dos facetas y dos contenidos totalmente diferentes y entre los cuales se reparte, casi a partes iguales, la obra «villamartiniana». Estos dos aspectos que, sin detrimento alguno, pueden separarse, son los que vamos a examinar seguidamente.

EL ESCRITOR DE TÉCNICA MILITAR

Primera afirmación: no vamos a hacer comparación alguna de *Villamartín* con otros tratadistas militares, ni nacionales ni extran-

jeros. No se trata de organizar unas justas literarias para conceder un galardón al vencedor, sino de dar a conocer la obra de un escritor digno de ser más conocido, con serlo ya mucho. Decir, como se ha dicho, que *Villamartín* es superior a Clausewitz, no pasa de ser la expresión de un deseo de engrandecer lo propio parangonándolo con lo ajeno. Cuando esto se hace se corre el riesgo de empequeñecer, pues el término elegido para la comparación es, necesariamente, el más grande que se ha encontrado. Y si en esta comparación no aparece una manifiesta superioridad, se corre el riesgo, al quedar por debajo, de aparecer como un pigmeo quien es un hombre de talla normal o mayor de lo normal.

Clausewitz y *Villamartín* son dos personajes que no tienen punto alguno de contacto. Son dos escritores distintos, con miras diferentes, y una idiosincrasia y una cultura que en nada se asemejan.

Villamartín, así parece evidente, no conoció la obra del prusiano, como, probablemente, tampoco conoció la de Sun-Tzu ni la de Maquiavelo. Este desconocimiento que, en principio, pudiera parecer debilidad de su preparación, sirve para poner de manifiesto la originalidad del pensamiento de nuestro compatriota.

Por otra parte, tampoco parece que sea necesario conocer todo lo que se ha escrito sobre determinada materia, para teorizar sobre ella. Para hablar de un tema sólo hace falta tener algo que decir, a él referido, y saber decirlo. Si lo que se tiene que decir resulta ser una vulgaridad archiconocida, lo dicho muere en el momento de nacer y su autor es relegado al olvido. Pero si lo que se dice es algo importante, algo que interesa a los demás, el hecho de conocer o desconocer otras cosas que se han dicho, referentes al tema, carece de importancia.

Villamartín fue, con toda seguridad, un autodidacta, y si esta condición le impidió ampliar sus puntos de vista y enfocar sus reflexiones hacia una mayor lejanía, también le libró de la tentación de «traducir» como propias, las ideas de autores extranjeros, y lanzarlas al mercado español con el marchamo de hijas de nuestra manera de ser, de nuestra idiosincrasia.

La originalidad de *Villamartín* radica no sólo en su individualidad, en su personalidad, sino en representar el aspecto colectivo del español y poner de manifiesto su carácter. Por otra parte, no creemos que tratase de exponer una *filosofía* de la guerra, como tampoco pensamos que su pretensión fuese la de hacer un *estudio histórico* del fenómeno bélico y extraer de él determinadas conclu-

siones. A nuestro entender, su afán fue el de dar a conocer las teorías más en boga en su tiempo, y descubrir los principios fundamentales del *arte militar*, aunque tales principios no aparezcan enunciados como tales y sistemáticamente reunidos y comentados.

La ciencia militar, según nuestro criterio, puede tratarse, o estudiarse, desde tres puntos de vista: a) el de la elucubración especulativa, que puede conducir a la pura invención filosófica. De esta escuela los más claros representantes son: Sun-Tzu, Maquiavelo y Clausewitz. b) La de la investigación histórica, que trata de *descarnar* el relato bélico, incluso la epopeya, para descubrir el eje de la maniobra táctica, la curva del gran movimiento estratégico. Este método es el normalmente seguido por los grandes capitanes y, entre los teóricos que le han utilizado para probar o dar fe de sus teorías, figuran, como más actuales, Fuller y Lidell Hart. c) Por último, la de reunir, armonizar y, hasta cierto punto, sincretizar, las tesis posiblemente más válidas en determinado momento. Esta última tarea, que actualmente se traduce oficialmente en los libros conocidos como «Doctrina», es la que creemos que mejor cuadra a *Villamartin*.

Indudablemente que ninguna de las tres modalidades es tan perfectamente independiente, está tan exactamente definida, que no participe de algo de las otras dos. Pensar que el que hace filosofía de la guerra no requiere del estudio de la historia, para buscar en ella las bases iniciales sobre las que asentar sus especulaciones, es ignorar que éstas han de asentarse sobre un primer hecho concreto. Creer que estas especulaciones no se han de traducir en unas ideas prácticas, es mostrarse proclive a dejar inacabada la tarea. Tampoco el simple investigador de la historia puede prescindir de escudriñar ésta hasta sus últimos rincones, de analizar minuciosamente los hechos para separar la línea maestra de lo que pueda ser pura anécdota, y formar esquemas de las situaciones que las haga comparables entre sí. Y de esta comparación ha de surgir, por fuerza, un juicio, una idea que, en ocasiones, no será directamente aplicable a la práctica (las más de las veces sí), pero que orientará la dirección de las líneas de acción.

Del mismo modo, quien redacta una «Doctrina», quien pretende resumir en un libro unas normas prácticas para la aplicación de ideas ya concebidas con anterioridad, necesita la labor de estudio que supone. Llegar al conocimiento de tales ideas, de las cuales ha de saber, al menos en sus líneas generales, la génesis de su esencia.

Las ideas y teorías se aplican en situaciones, en circunstancias ideológicas, materiales, armamentísticas, etc., que si se pretende el éxito, han de ser paralelas con aquellas en las que se originaron. Por eso las que se «traen» a un país concreto, han de proceder de otro con el que guarde mucha similitud, tanto en moral, como en terreno, medios con que se cuenta y misión a cumplir. No hacerlo así es hacer un ensayo de traducción literaria, en vez de establecer una «doctrina» válida por sí misma.

Aunque *Villamartín* no conociera a Sun-Tzu, Maquiavelo y Clausewitz, no por eso vamos a concluir que no conoció a otros autores. Si decimos que fue autodidacta es porque no recibió más formación dirigida que la que tuvo en el Colegio Militar, en el cual, evidentemente, la preparación tendía más a lo práctico que a lo especulativo. Historia, geografía, leyes penales militares, matemáticas, etc., llenaban la mayor parte de los planes de estudio académicos; pero ni por la extensión de los textos utilizados, ni por la duración de la enseñanza, pudo llegarse a más que a un indicador de temas.

El resto de su amplia cultura lo adquirió con posterioridad, en la lectura de obras que, adquiridas por él o que formaban parte de las bibliotecas que siempre han tenido a gala tener los Regimientos a disposición de sus cuadros, fueron completando su saber. Lee, medita y, a la hora de escribir, escribe sus propias ideas. Por eso no hay citas en sus libros, porque no reproducen ideas ajenas, sino que exponen las propias, sin duda deducidas o provocadas por otras preexistentes, es cierto, pero propias. Las ideas son como árboles que tienen por raíz otras ideas y por tallo una cadena, cuyos eslabones, aunque alimentados por la misma raíz, son todos independientes.

En el aspecto *filosófico*, no el de mayor extensión en relación con el total de la obra, está contenido, fundamentalmente, en el «prólogo» y en las «conclusiones» de *Nociones del Arte Militar*. En ambos capítulos destaca la agudeza del autor, al *descubrir* los que ahora llamamos «principios» del arte militar.

Como antes decíamos, no es que se encuentren explícitamente enunciados como tales, ni escritos uno a continuación de otro, de forma que resulten claramente visibles, no. Están incluidos en el contenido general y esparcido en páginas diferentes, de modo que si son claramente perceptibles para el lector metódico y repasado, pueden pasársele por alto al que, más precipitado, se limita a una lectura rápida, impelido por la facilidad del estilo.

Villamartín, aunque escritor claro, y precisamente por eso, ha de ser leído con calma. Un párrafo aislado, incluso un capítulo, puede carecer de sentido, o tener otro distinto al que le corresponde en el conjunto del libro si no se hace una lectura reposada y total. La ciencia militar, que está, sin duda, entreverada de arte (*ciencia* son los «principios», las decisiones tácticas, los cálculos y previsiones logísticos; *arte* es la ejecución), requiere, para su asimilación, un esfuerzo intelectual. En el arte cabe la *intuición*; en la ciencia es imprescindible el *estudio*, la *reflexión*, el *método*.

En cuanto a su estudio y *valoración de la historia militar*, fue *Villamartín*, al decir de sus coetáneos, un innovador profundo. No conocemos los textos que en aquel entonces estuvieran de uso. Pero pensamos que poco diferirían de los actuales, porque la historia es, o debe ser, siempre la misma. Lo importante no son los textos sino los historiadores; porque son éstos quienes independizan o relacionan los hechos históricos. *Aquello*, bajo el objetivo del microscopio de un histólogo, es un conjunto de células; a los ojos de un pintor, es una figura humana.

Al igual que los historiadores que le siguen en el tiempo, se limitó a estudiar las batallas, una a una, como si fueran entes con vida propia, independientes unos de otros, lo cual no es buen sistema. Las batallas, consideradas aisladamente, son como las piedras miliare del panorama de las guerras, que marcan los diferentes estadios de una situación efervescente de la política internacional, pero que no dan idea de tal política. Las batallas expresan la *táctica*, nunca la *estrategia*, entendiéndose por tal la política exterior desarrollada con fines militares. Por eso, las batallas, por muy victoriosas que hayan sido, pueden carecer de valor para el resultado de la guerra (recordemos a Pirro). Sólo una batalla, *la última*, le tiene. Porque la guerra no es un combate a los puntos, es un combate al K. O.

Lo que: «en la guerra todo es ejecución» (Napoleón), sólo puede admitirse si quien lo dice, como es su caso, se reserva para sí la decisión estratégica, que es la que prepara los «materiales» con los que se ha de ejecutar. Que «todo es ejecución», es algo que también puede decirse de otras «artes», tales como la arquitectura y la escultura; pero si antes de la fase de ejecución no se han aprestado planos, materiales y herramientas..., ¡ni catedrales ni estatuas! Hablar de Platea, Mantinea, Salamina, etc., sin tener presentes al Asia Menor, a la Magna Grecia, Sicilia, Cartago y Egipto, nos impedirá ver cómo las guerras a las que las antedichas batallas perte-

necen; fueron posibles por lo mucho que se apoyaron en el exterior, apoyo que era preparado con mucha antelación y hoy se conoce como la estrategia de la «aproximación indirecta».

Limitarse a relatar los episodios de Ceriñola y Garellano sin pararse a considerar la situación interior de los reinos de Nápoles, Aragón y Francia, no nos dejará ver el *porqué* Gonzalo de Córdoba no cosecha más que reverses hasta que se sacude la obligación de obedecer al Rey de Nápoles, que le restaba algo tan importante como es la *libertad de acción*, y que, recuperada ésta, Seminara, Cosenza, o Canosa, no fueron más que simples anécdotas sin mayor importancia; que lo importante era maniobrar sin descanso para «descolocar» a los franceses —tanto a los de Italia como a los de París— y, sólo entonces, asestarles el golpe de gracia que fueron Ceriñola y Garellano. Que había que provocar el cansancio, el hastío moral de las tropas que luchaban en Nápoles, y de toda la nación francesa; para compensar la pequeñez de los efectivos que Gonzalo tenía en Italia, únicos con los que podía contar.

Que la batalla de Zama se perdió en Iberia, es algo que hoy, establecida la teoría de la aproximación indirecta, es algo que nos parece evidente; por eso no se puede estudiar Zama de otro modo que no sea el de considerarla como cúpula de una serie de sucesos anteriores, cuyos protagonistas fueron los Scipiones.

La batalla es *fuerza*; la preparación de la batalla, *inteligencia*. En tal sentido podemos decir que la batalla es *ejecución* y, como tal, *táctica*. La preparación, que es estudio, análisis, combinación de recursos, *estrategia*, en fin.

Es difícil, en la práctica, establecer los linderos entre táctica y estrategia. Siempre hay una zona de sombra en la de enlace entre ambas, en la cual la ejecución se engarza con la decisión, por lo que es difícil, prácticamente imposible, dibujar la linde, como difícil es señalar en una playa batida por las olas, la separación entre la mar y la tierra.

Por otro lado, es cierto que en muchas ocasiones el *estratego* tiene que ejecutar, y el *táctico* que decidirse entre varias opciones, lo cual viene a complicar más la cuestión, razón que abunda en la necesidad de que el estudio de la historia sea total, interrelacionando los hechos con las circunstancias, y que lo importante no es la propia historia, sino el historiador.

Un *criterio* que en todo estudio de temas militares hay que aplicar, es el de lugar y época en que acaecen los hechos. A cada fecha histórica corresponde un estado cultural, científico económico, del cual derivan una serie de posibilidades nuevas, si se compara esa fecha con otra anterior, y otra serie de impotencias y cualidades negativas, si se la compara con otra posterior; porque cada época tiene unas posibilidades concretas y no otras. Pero, aún dentro de cada época, las cosas no discurren igualmente en todas partes. La cultura, la técnica, no están uniformemente repartidas por toda la Tierra. Mientras los egipcios siguen utilizando el cobre y el bronce para sus armas, los hititas ya conocen el hierro y se instalan en el trono de los faraones. Los romanos conocen el hierro, pero sus espadas se doblan. Son los bárbaros quienes tienen la técnica del acero. Son los españoles los que conocen primeramente la técnica de aparejos que permiten navegar contra el viento, en tanto que el resto del mundo sigue dejándose arrastrar por él. Y así pudiéramos citar otra serie de ejemplos.

Este criterio permitirá juzgar no sólo a los hechos en sí mismos, sino a los tratadistas militares, a los cuales podremos ver en su verdadera dimensión, y no hacerlos culpables de no haber pensado en algo que hoy, con nuestros mejores conocimientos, consideramos como el *catón* de la ciencia militar.

Estas consideraciones las hacemos pensando en *Villamartín*, a quien no puede pedírsele que conociera lo que hoy es hasta elemental. Por el contrario, es de admirar en él su conocimiento de lo que entonces eran los últimos adelantos de la ciencia, por más que a nosotros se nos aparezcan como ingenuidades. Oírle hablar de cañones que alcanzan a dosmil pasos, discurrir sobre los inconvenientes de los fusiles rayados y de carga mediante cartuchos, de maniobras por líneas interiores y de otras muchas cosas por el estilo, no debe movernos a risa ni a desprecio. No es posible juzgar con imparcialidad, habituados como estamos a los medios de hoy, si no se hace un gran esfuerzo para colocarnos en el lugar y época del autor, y, aún en este caso, mejor que juzgar es analizar. Sólo así podremos encontrar lo esencial, lo perdurable, que es lo único que interesa de un libro de pensamiento.

Es evidente que, de los libros de *Villamartín*, hay que desechar mucho. Otro tanto ocurre con cualquier otro autor, tanto si es antiguo como moderno, y sea cualquiera la ciencia de que trate. Como en un bosque se busca el abeto único, que ha de servir para hacer de palo mayor de quienes quieren navegar, y se desechan

los demás árboles, así como los libros, en los que hay que «espigar» cada página, cada capítulo, para encontrar la espiga abandonada por los segadores. Pero espigar ni es darle fuego al rastrojo, que es lo que hace quien declara obsoleto al libro, ni *epitomar*. Las más de las veces, el poco éxito de los libros-resúmenes, de las selecciones, o de los extractos, se debe a su condición de quintaesencia de otros más abultados. Y es que las ideas escuetas, puras, abstractas, sólo son aptas para unos pocos privilegiados. Al común de la gente hay que dárselas arropadas convenientemente por una cierta cantidad de paja para que no se apelmacen en montón difícil de ingerir, cuanto más de digerir. En general, una buena digestión requiere un mínimo de celulosa desechable.

Por tanto, no quitemos a la obra de *Villamartín* parte alguna. ¡No a los epítomes! Si hubiera de hacerse una reedición de sus escritos, nosotros votamos por una edición total en la que distintos tipos de letra (no uno grande y otro pequeño), pongan de relieve aquello que sigue conservando la vigencia, el interés.

Por otra parte, conviene tener presente que nuestra generación se ha dejado llenar los ojos por la imagen de un poderío técnico, que el tiempo y la reflexión van mostrando que no es más que espejismo. Quizá, ¡y sin quizá!, estamos en camino de volver a dar a la maniobra, al terreno y al hombre, toda la importancia que tienen. Porque no sólo es posible, sino probable, que toda esa ingente cantidad de terribles ingenios destructores, no sea más que un «farol», o necesite un antídoto.

Lleno los ojos, como los tenemos, de las fotografías de grandes monstruos destructores, manejados poco más que con una batería de botones, pulsados desde la seguridad de un refugio subterráneo, nos parece que cuando *Villamartín* habla de marchas a pie, de la guerra en montaña, de la organización de los campamentos, etcétera, se dirige al hombre de Neanderthal, en modo alguno a nosotros, hombres del siglo xx, casi del xxi. Y al pensar así caemos en el error, o en el olvido, de que somos hombres de ciudad que desconocen el campo. Por supuesto que sabemos que hay montañas; pero tal vez pensamos que son lugares a los que se va en tren para encontrar nieve sobre la que esquiar, y donde se descansa y reparan las fuerzas en los «campings» (¿por qué no *campamentos*?) que allí hay. Por supuesto que sabemos que hay vegas a la vera de los ríos en las cuales, antaño, se cultivaban hortalizas y se criaban vacas. Pero eso del campo era antes; hoy, la leche, el pan, la carne, las frutas y las verduras se compran en la ciudad, en la tienda que hay al lado de casa.

El militar, como político, juega siempre a ganar. Fracasas es morir (y no es una figura retórica), y morir él y los suyos. No hay ni otra alternativa ni una segunda oportunidad. Esto quiere decir que no se puede rechazar algo por considerarlo poco eficiente, de escaso rendimiento, de no muy probable empleo. Cualquier cosa que tenga posibilidad de ser útil, ha de estar en condiciones de uso. Tal vez el acudir a estas «pequeñas» cosas se relegue al último extremo; tal vez. Pero el posponer su empleo no supone arrumbarlas en un rincón; posponer significa, de por sí, la posibilidad probable de empleo, lo que clama por un almacenamiento cuidadoso y seguro, donde la *cosa* esté lista para su uso en cualquier momento.

EL ESCRITOR DE PSICOLOGIA MILITAR

Hemos llegado a la nota más brillante de *Villamartín*, a su faceta de psicólogo.

La palabra «psicólogo» puede sonar a nuestros lectores de hoy, como un atributo en exceso generoso, y más cuando va precedida del calificativo de *brillante*. Pero no hay generosidad en ello, sino pura justicia. Hoy se piensa que «psicólogo» es la persona que ha pasado por la correspondiente Facultad, en la que se ha licenciado o doctorado. Y es cierto. Pero también lo es, que esa persona que tanto ha estudiado, tal vez no sea capaz de captar el estado de ánimo de un hombre, de adivinar los motivos que le pueden impulsar a obrar de determinada forma en ciertos momentos, de prever la actitud, talante, gestos y palabras que, en el momento crucial, ha de utilizar el «conductor de hombres», el «caudillo», para arrastrar tras sí a la muchedumbre, a los soldados. Quien tiene estas cualidades de manera innata —cualidades perfectibles por el estudio, pero no sustituibles por él—, es *verdaderamente* psicólogo, que puede devenir conductor de hombres, si a la política o milicia se dedica, y suma a éstas otras cualidades, o quedar en simple *estudioso* de las reacciones anímicas individuales o colectivas, de la psicología personal o de masas.

Este último caso es el de *Villamartín* (no tuvo ocasión de ser caudillo), que nos ha dejado su experiencia como lección magistral para el trato con los soldados.

Todo aquel que tiene por función la de mandar o dirigir, ha de ser psicólogo de nacimiento o por estudios. Pero sólo el que lo es de manera innata, por intuición, podrá ser hombre que *arras-*

tra, caudillo o «líder». Intuir, con antelación suficiente, el efecto que un suceso, un fenómeno meteorológico, un golpe de suerte o de gracia, una palabra o un silencio, va a producir en un hombre o en una masa humana, y conocer, al tiempo, el gesto material o la palabra, capaz de contrarrestar, de impulsar o dirigir adecuadamente la conducta derivada de aquella influencia, es la base del *prestigio*, cualidad sin la que, por mucha que sea la preparación técnica, la capacidad de trabajo, la claridad de entendimiento, no habrá caudillo, no se podrá ser «líder». Esta es la razón por la cual, en todas las sociedades, sean grandes o pequeñas, militares o civiles, simples comunidades de vecinos o conjunto social de la nación, hay períodos amorfos y períodos brillantes de cristalización del sentir popular. Donde hay un psicólogo hay un caudillo y todo gira a su alrededor. Donde no le hay, por más cerebros de premios Nobel que existan, la sociedad es una medianía.

Villamartín, conocedor de la imperiosa necesidad que el Ejército tiene de conductores de hombres, en todos sus diferentes niveles, dedicó parte de su actividad observadora, servida por excelentes cualidades intelectuales adecuadas para ello y por una gran capacidad para captar el alma de los españoles, a estudiar el carácter nacional, y dejó escritas sus deducciones para que sirvieran de punto de partida a los Cuadros de Mando.

Bajo el título de *Moral Militar y Consideraciones sobre el Mando*, escribe dos capítulos en los que plasma perfectamente el espíritu del español, el de la «negra honrilla», el del «honor calderoniano», en los que se cifra y contiene todo el arte del buen saber mandar y obedecer (¡que también cuenta!) del soldado español.

Pero no es sólo en estos dos capítulos donde su experiencia de psicólogo se manifiesta. Es a lo largo de toda su obra donde la idiosincrasia española se va poniendo de manifiesto. Nada puede evitar que, a la postre, cualquier «principio del arte de la guerra» al que haga referencia, cualquier aplicación práctica de alguno de ellos, cualquier estudio de una faceta o aspecto de la guerra, termine en una llamada de atención hacia el Soldado, hacia la *moral del soldado*, único ejecutante —no las armas, por poderosas que sean—, capaz de imponer la voluntad del Mando. Por eso decíamos anteriormente, que no es posible reducir la obra de *Villamartín* a un *epítome*. El, que escribió un folleto, titulado *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, para defender la tesis de que lo militar es *ciencia*, no puede menos, en la práctica, de amalgamar el esqueleto científico, cuya existencia es evidente, con la frágil humanidad de eje-

cutante, mediante su trenzado con la *moral militar*, trenzado en el que el *arte* es lo que permite hacer un todo de dos partes separadas, al menos en apariencia.

Cualquier página por la que se abra un libro de *Villamartín*, pondrá ante nuestros ojos una referencia a lo psicológico, y, precisamente por este insistente tratar constantemente el mismo tema, es por lo que el autor adquirió la fama que aún perdura.

Muchos otros antes que él habían tratado la moral militar; pero ninguno acertó a hacerlo con la precisión y galanura con que él lo hizo, de tal modo que a partir de él, son sus escritos la base de la formación del espíritu militar en los Colegios Militares, primero, y en las Academias, después.

A lo largo de *ciento veinte años*, todos los militares han estudiado la lección que les dictara *Villamartín*. Los oficiales, en sus Academias. Los suboficiales, en las suyas de hoy, y ayer en sus cursos de formación. La tropa, en los cuarteles, mediante las charlas que forman parte casi diaria, de la instrucción técnica.

Esto explica su supervivencia y su presencia actual y viva en la entraña del estamento militar. Bien de primera mano, bien a través de citas o comentarios de otros, cualquiera que haya de dar una charla sobre *moral*, termina, si no empezó por ahí, por acudir a *Villamartín*. Porque en él concurren, y ya posteriormente lo hemos dicho, las circunstancias de ser un tratadista de moral militar, de las virtudes militares, y de ser un dechado en su cumplimiento. Republicano convencido, pero sirviendo en el Ejército de España, llevó su lealtad a tal extremo que, en Alcolea, combatió a sus correligionarios sin entrar en conflictos de conciencia. La lealtad a la palabra dada, la obediencia a las órdenes recibidas de sus legítimos superiores, le llevó a luchar contra sus convicciones personales, de tal forma que, como dice *Vidart* en la breve biografía con la que introduce la edición de las obras selectas de *Villamartín*, «... el pensamiento de Villamartín estaba del *lado de allá*, y su persona del *lado de acá* del puente de Alcolea (...), prestando siempre su obediencia al Gobierno que *de hecho* existía en su patria, pues si bien así no alcanzaba medros personales (...), jamás pudo ser incluido en aquella acerba censura que dirigía D. Antonio Benavides, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, a ciertos militares españoles...».

Y termina *Vidart* su biografía con las siguientes palabras: «*Villamartín*, felicitándose del triunfo de sus ideas políticas, cuyo

triumfo le ocasionaba la pérdida de un ascenso en su carrera por haber cumplido fielmente lo que, según su juicio, constituye el deber militar, es un ejemplo de abnegación, digno de loa en todas las épocas y más aún en la presente, donde el desapoderado afán de medros personales suele ser la constante norma que rige la conducta de muchos de nuestros héroes y celebridades contemporáneas».

CONCLUSION

Con esta cita de *Vidart* ponemos fin a este trabajo. Pudiéramos haber incluido muchas más citas del propio *Villamartín* sin que ello nos hubiera supuesto gran trabajo, dado que dispuestas están sobre nuestra mesa. Pero, como anteriormente dijimos, no es nuestro interés el espigar, sino el declarar, paladinamente, la vigencia de una gran parte de su pensamiento, y tratar de nuevo su figura humana, nunca alejada del todo, pero tal vez sí un poco desmebrada, a la memoria de quienes, como miembros de la milicia, no formamos sino *una religión de hombres honrados* (Calderón).

El *espíritu de unidad (unión)*, tan necesario para que el siglo xx no sea una segunda edición del xix, clama por una nueva lectura meditada de *Villamartín*, precursor de la «grande Muette», republicano, socialista, pero, ante todo y sobre todo, militar y español.

De esta nueva *lección* sacaríamos, militares y civiles, la orientación que en cada momento ha de guiar nuestra función de Capitanes, de dirigentes, y para esta relectura, más nos agradaría una edición subrayada de sus obras que una edición crítica o epítomada.

No es buena norma de mando la de adular al superior, apareciendo ante él como «comprensivo servidor del de arriba y látigo de sus subordinados, ni la de zaherir o ignorar al inferior, aunque éste lo soporte por disciplina. No robustece al Ejército, sociedad jerárquica por esencia, el afán de democratizarle. No favorece la *unidad* del Ejército el señalarle como una *cesta cerrada* y, mucho menos, cuando dicha afirmación es falsa.

El hecho social del Ejército es que, como sociedad, es la más abierta y receptiva de cuantas hay en nuestra Patria. Y yerra quien piensa que la disciplina es tan fuerte e inexorable como la gravitación universal, porque, como ya dijo hace tantos años Calderón: «todo lo aguantan en el asalto/sólo no sufren que le hablen alto».